"Este voto fué oido; ¡fuérame dado que el Dios muerto por nosotros se apiadase tambien de un amigo fiel y de todos los suyos, y que el antiguo reino de Tangajoan reciba la nueva luz para consuelo de sus desdichas!"

LIBRO OCTAVO.

La anterior narracion del raptor de la infortunada Juriata conmovió mucho el ánimo de Valencia. El buen blanco no podia consolarse de que esa mujer extraordinaria, hubiese perecido cuando ya la aurora del Evangelio lucía para la nueva gente. Enternecido admiraba tambien los hermosos pronósticos con que así se preparó para muchos la aparicion de la ley de gracia en estas desconocidas regiones, y daba gracias al Altísimo de que con el Príncipe hubiese señalado sus misericordias.

El misionero instaba, pues, al neófito á que continuase el relato de su propia historia en el tiempo de la memorable guerra de Tenochtitlán, y en el que siguió hasta su destierro á Castilla, queriendo siempre conocer

más y más aquellos caminos por donde el buen Padre nos conduce á la salud.

Era pasada la hora del medio día, y los viajeros marchaban ya por las pendientes de Iztaccíhuatl, con el intento de hacer noche en una aldea que algunos llamaron "Rio frio," por las heladas aguas del que atraviesa por esas elevadas sierras. Las brisas con sordo gemido que al parecer exhalan al agitar el follage de los pinos y cedros, convidaban al hijo de Ayauhcíhuatl á departir de sucesos trágicos y á deplorar los males de su gente. No fué necesario rogar al Príncipe para que accediese á referir lo que de contínuo estaba ocupando su memoria. Así eran propensos los del linaje de Priamo á narrar las guerras del Ilion apénas invitados por el extranjero; así lo eran tambien los hijos de la Grecia mucho tiempo despues de su esclavitud: quizá un apóstol del Cristo salido de la Siria preguntaba la historia de su pueblo á algun ciudadano de Corinto, y este, pronto á decir la memorable caida de la noble ciudad reducida á escombros por el romano Mumio, parecia un testigo reciente de la pasada catástrofe. Pero Nezahualpílli sentía dulcificado su dolor cuando volvia sus ojos á la hermosa Papan, que con el resto de la caravana precedia á éste y al misionero. Hay, en verdad, algo que deleita, en el ánimo del que narra los infortunios de otro tiempo, cuando á la vista tiene la mujer que ama, la que resucitando el indolente corazon ha cambiado por fin el destino, siendo como la recompensa de muchos años de infelicidad; y para el Príncipe que no habia conocido sino el amor de las pasiones de amarga memoria, era hoy nueva esa suavidad del afecto santo con que aman los cristianos á la casta doncella que saben les envía Dios como una imágen del amor celeste. Fuera de esto, si érale tan duro renovar el recuerdo de las desgracias de Anáhuac, el neófito por fin reconocia que en pós de tantos males, habia llegado esa fé que el hijo único del Dios invisible reveló en un tiempo á las naciones del Oriente y que Don Vasco descubrió á su vez al narrador. Nezáhual no tardó, pues, en hacerse escuchar, y así decía:

"Cuando llegué á Tollócan, la gran ciudad de los Matlalzincas distante de Tenochtitlan el camino de un sol, sus moradores se ocupaban nada ménos que en deliberar en pleno consejo, acerca del grave asunto de decidirse á favor de la desventurada México ó dejarla sufrir la ruina que la amenazaba. Reconocido por muchos Tenochcas y Acólhuis, á quienes estreché en mis brazos anunciándoles mi arrepentimiento y mi resolucion, ellos igualmente conmovidos me llevaron al *técpan* en donde se celebraba el consejo:

"Vén;—me instaban y decian—en verdad que tú se-
"rás como tu abuelo el gran rey de Texcoco, vence-
"dor de Azcapotzalco: tú puedes como con saetas afi-

"ladas herir el alma de los cuácuatas (1) matlalzín-
"cas; que si te oyeren se moverán á nuestro socorro, y
"Tenochtitlan y nuestros dioses serán salvos del furor
"de los hijos de Tonatiuh."

"Y abriéndose paso por entre la multitud, me presentaron en la gran sala donde los embajadores enviados por Quauhtimoc hacian presente el estado deplorable de las cosas de Anáhuac, la alianza definitiva de los Tlaxcaltecas con Malintzin, la sublevacion de casi todas las provincias, como eran los de Tepeyácac, Huejotzinco, Quauhnáhuac, Chalco, Xochimilco y Otómpan; y sobre todo, que ya los dos Príncipes Ixtlilxóchitl, hermanos del desgraciado Cacamátzin, se habian aliado con Castilla.—"Esta gente con los Tlalcaltecas y demas naciones—decian los *nahuatlatos*—tiene ya "estrechado el asedio y ocupa las tres calzadas de Tla-"cópan, Tepeyacac y Coyohuacan; así es que hemos ve-"nido de parte del gran Señor á implorar el socorro de "los valientes de Matlalzinco, y dificilmente nos hemos "hecho paso por entre los grandes *acállis* que los ex-"tranjeros han construido para batir por agua la gran "Ciudad"—Esto exponian Mayéhua y Axoquétzin y Tizoc y Nopaltzin, animosos no solo para levantar su voz en los consejos sino tambien para dar la vida en los combates en que muy pronto nos hallamos. Mas los

(1) Honderos.

valientes no podian ocultar la angustia de sus almas con el peso de tantas calamidades, y sus palabras me llenaron de dolor."

"En tanto, la asamblea de los Matlalzincas no parecia la de una provincia sujeta á la gran Tenochtitlan; pues las desgracias de los fieles súbditos de Quauhtimoc habian hecho que todas las naciones subyugadas, se declarasen abiertamente nuestros enemigos ó al ménos viesen sin dolerse nuestra próxima ruina. La memoria de la guerra que Axayacatl hizo á los de Tollócan para sujetarlos, se despertaba en esa hora, y no faltaron en la asamblea quienes propusiesen abandonar al digno Quauhtemótzin, á que se defendiera con solo sus esfuerzos contra el poder de Malíntzin y de las naciones que le seguian. Yo entónces uní mi voz á la de los cuatro *nahuatlatos*, para recordar á los de Matlalzinco las matanzas de Chollólan, y el suplicio del leal Quauhpopoca, y la conducta pérfida de Malíntzin con su benefactor Moteuczoma, con el desgraciado Cacama y tantos otros; les recordé nuestro comun orígen y les hacía ver la igual calamidad que sobre unos y otros debia venir con el triunfo de aquellos insolentes advenedizos, que con dos corazones engañaban á los pueblos para sojuzgarnos á todos:

"Os asusta—les decia—el fuego mortífero de sus ar-"mas....; ¿y qué: no hieren tambien nuestras saetas?
"¿Creeis que las grandes fieras en cuyo dorso combaten

"esas gentes, son más que unos como grandes ciervos de "los países del sol adestrados para la pelea? ¿A muchos "de esos no hemos dado muerte....? Declaraos si que-"reis por los ingratos extranjeros que han ahorcado á "su aliado Xicoténcatl, ó estaos quédos de espectadores "de nuestra ruina; que muy pronto seréis asolados co-"mo los aztecas y los acólhuis."

"Estas pocas palabras excitaron el natural indómito de aquellos guerreros, y como al grito que lanza el cazador á la orilla de un vado en donde se solaza una banda de cocodrilos, estos de súbito se arrojan á las aguas y se levanta rumor siniestro y aterrador; así los fieros *cuácuatas*, (1) oido el anuncio del peligro de su libertad, se alzaron en tumulto pidiendo fuese votada la alianza de Anáhuac y Matlalzinco y que se llamase á las armas á todos los moradores del gran valle."

"No podian creer los embajadores todo el efecto de mi razonamiento, y maravillados me estrechaban entre sus brazos, proclamándome el gran *chichimeca-teuctli* (2) de Acolhuacan y el nieto más digno del ilustre Nezahualcoyotl. La multitud de los guerreros *cuácuatas* por su parte, me aclamó como el águila que guiase todo su ejército, y los embajadores, á su vez, me reclama-

(1) Nombre dado á los Matlalzincas.
(2) Señor chichimeco (dictado honorífico del rey de Texcoco.)

ban para servir en la defensa interior de Tenochtitlan al lado de Quauhtemótzin.

"Mirad,- replicaban á la porfía de los señores de To-"llócan,—el gran señor de Anáhuac lo há menester: "miéntras que todos los príncipes de Texcoco se han de-"clarado por Malíntzin, este sólo es fiel á los suyos. De-"jadlo venir con nosotros á que nos ayude con su valor "y prudencia, que no se ha visto tanta ni en los ancianos."

"Así olvidaban los mios los crímenes del raptor de Juriata. Yo hubiera querido ser el águila de los guerreros Matlalzincas, para sostenerlos en el fervor de su resolucion por nuestra causa, pero anhelaba por penetrar en Tenochtitlan á toda costa, para postrarme á los piés de Tezozomoc ofendido y de mi madre, y presentarme luego al magnánimo Quauhtemótzin para morir con él en la comun defensa."

"Acompañado, pues, de Nopáltzin y Tizoc, de Mayéhua y Axoquétzin, nos pusimos en marcha, atravesando las montañas que dividen á Matlalzinco de los estados de Tlacópan, y corriendo riesgo de ser aprendidos por los othomites declarados enemigos de Tenochtitlan, entramos de noche al gran valle. Pasamos cerca de Tlalnepantla, y despues ascendimos por los montes de Tenayocan para evitar un encuentro con los guerreros que mandaba Sandoval, recien acampado en Tepeyácac. Desde que descubrí el gran lago con sus innumerables ciuda-

des, campos cultivados, canales y diques, larguísimas calzadas y arboledas frondosas, mi corazon se llenó de amargura pensando en las desdichas que ya pesaban y mayores debian venir sobre los mios; y resolví otra vez penetrar á toda costa en la ciudad asediada para vencer ó sucumbir con mis hermanos los aztecas y los acólhuis. Pasando á la vista de Coatítlan, Xalóztoc y Tolpetlac, llegamos ya entrada la noche á Ehecatepec. Allí el primer movimiento fué de indignacion cuando se dijo que yo habia llegado con los embajadores; pues los sucesos de Michoacan eran conocidos de todos. Pero sabido que Nezáhual ya era otro, y que heridos de mis palabras los guerreros Matlalzincas, se decidian á prestarnos su ayuda contra Malintzin, la multitud acudió en tropel á saludarme y á mostrarme su agradecimiento por mi amor á la patria.

"Mira,—me decian—hijo de Ayauhcíhuatl nuestra "Princesa, cada sol se ven acudir de todas las ciudades "del lago, muchos de los nuestros al campo de Malínt-"zin; solo tú vienes por entre muchos peligros á encer-"rarte con los leales que defienden á nuestro Dios Huit-"zilopóchtli que está en el gran *teocalli* de Tenochtitlan, "para prestar tu ayuda á nuestro jóven Señor Quauhte-"mótzin."—Mas luego:

"No hay tiempo que perder.—añadian, compeliéndo-"me á zarpar las aguas—Huye sin tardanza de aquí; el "Príncipe Ixtlilxóchitl llegará en breve, á quien envía

"su hermano el otro del mismo nombre, hecho ya por "Malintzin gran *chichimeca-teuctli* de Acolhuacan; con "más de seis veces ocho mil texcocanos viene á prestar "su ayuda á los extranjeros."

A esta nueva sentí apoderarse de mi espíritu no sé qué tristeza desconocida.

"¿Cómo es—decia dentro de mí—que tanta parte to-"men los hijos del gran Nezahualpílli en la ruina de ese "reino, levantado como una hermosa montaña por los "esfuerzos y la constancia nunca oida de Izcoátzin y "Nezahualcoyotl, despues de abatir el poder del tirano "Maxtlaton y de los Tepanecas?"

"El destino de los reyes y de las naciones, determinado por los supremos decretos del Dios invisible, se me vino á la mente; y la ruina de la gran corte de Azcapotzalco sucedida hacía ya una edad vieja (1) ó dos manojos de años, me representaba la que estaba amenazando á la hermosa Tenochtitlan.

"¿Acaso—decía yo—serán estos los tiempos de que "habló el gran rey? ¿Con ellos vendrá la luz del ver-"dadero Dios? Pero de cualquiera manera que esto sea, "¿no debemos defender nuestras casas y familias con-"tra la codicia y el furor de esos advenedizos?"—Estos pensamientos revolvia dentro de mí, y aunque estaba

(1) 104 años.

próximo á llegar Ixtlilxóchitl con su ejército, en vez de apresurarme á entrar en el lago, determiné salir á su encuentro para hablarle y apartarlo de volver sus armas contra nosotros. Pero Nopálzin y Tizoc y todos los de Ehecatepec, me obligaron con súplicas á renunciar á mi propósito.

"Tus primos los hijos de Jocótzin—decian—no se "han de mover á tus palabras, y no sea quizá vayan á "cometer un atentado con persona de su misma sangre. "Ellos aborrecen á su hermano Coanacótzin, rey legíti- "mo de Texcoco que está encerrado en Tenochtitlan- "México, y el uno de ellos quiere reinar aunque sea "vendiéndose á Castilla."—Estas razones me hicieron dejar el empeño, y ya solo pensé en aprovechar las sombras de la noche para ir á reunirme con los mios en la ciudad sitiada. Los de Ehecatepec enternecidos recibian nuestra despedida á la orilla del lago, y los cuatro Embajadores conmigo entramos en el *acálli*. A la luz escasa de la Luna medio oculta entre las nubes por ser ya el tiempo de las lluvias, y burlando la vigilancia de los grandes barcos de Malintzin, bogábamos guardando silencio."

"Esa noche me presentó lecciones terribles:

"Apénas ha pasado el tiempo de una yerba nueva— "me decía yo—desde que en una noche semejante del "tiempo de las lluvias, bogabas en el lago de Tzintzúnt- "zan entregado á los delirios y ajeno á las desgracias

"de los tuyos; ahora vas á expiar con nuevas penas los "deseos necios de tu corazon que han traido á los de "Anáhuac tantas calamidades."

"Así pensaba mientras remando por las calladas aguas, llegamos á la orilla de la gran ciudad en la parte donde comienza la calzada de Tepeyácac. El vigilante nos dió el grito:

"¿Quién viene?

—"Servidores de Quauhtimoc somos nosotros"—respondimos á una.

—"Bien venidos seais, águilas nuestras"—replicó el vigilante. Esto dicho saltamos á la orilla, y mi corazon me anunció en esa hora las grandes calamidades en que iba á ser parte con todos los moradores de la desventurada México."

"Los embajadores eran esperados con ánsia, y así, no bien reconocidos, acudió la gente á saludarnos inquiriendo nuevas con extrema curiosidad. Mis amigos anunciaron luego los sucesos de Tollócan, y mostrándome á la multitud, le decian:

"A éste se debe un resultado tan feliz; á éste deberá "Tenochtitlán salir victoriosa de sus enemigos, y sal- "varse; á éste debemos que nuestro Dios Huitzilopóch- "tli y Quauhtimoc, señor nuestro, no vayan á ser el es- "carnio de los blancos."—Los aztecas y acólhuis me cercaron entónces y exclamaban:

—"Nosotros te creiamos de parte de Malintzin con "tus primos los Ixtlilxóchitl: perdónanos por haber des- "conocido tu grande fidelidad á los de tu nacion.—Pe- "ro yo replicaba:

—"¡Hermanos, perdonadme: yo hice que se perdiera "nuestra amistad con Tangajoan y que Tenochtitlan se "mire cercada de sus enemigos! Mas ahora hé venido á "rogaros olvideis mi pasado crímen, recibiéndome entre "los que venzan ó perezcan en la defensa de la gran "México."—Ellos interrumpiéndome, reponian:

—"¡Calla, no nos hables de lo pasado! ¿qué más pue- "des hacer en satisfaccion que venir á encerrarte á pe- "recer con nosotros?"

"Entre los que allí acudieron estaba Chimálpan, uno de los que fuimos á Michoacan hacia trece lunas; á él dije:

"¿Vive Ayauhcíhuatl, mi madre y señora? ¿Vive Jocótzin? ¿Vive Tezozomoc mi tio?"

—"Viven.—me contestó—Tu madre y tu hermana 'moran en Texcoco; Tezozomoc no nos deja."

"Esto dicho, descansó el alma, y el consuelo que ántes no conocia me hizo desahogar en llanto."

"Como dos ó tres soles antes de mi llegada los guerreros de Malintzin y sus aliados fueron puestos en fuga, y sufrieron gran pérdida queriendo penetrar hasta la plaza de Tlatelolco, no osaban ya volver al combate, y así los mios podian darse al descanso nocturno; dor-

mian, pues, Quauhtimoc y todos los defensores de la ciudad. Pero vuelta la luz, cuando me encaminaba al *técpan* que el jóven rey habitaba en Tlaltelolco, donde se habia concentrado con lo principal de los guerreros, me encontré con Tezozomoc mi tio que de ahí venía; y ántes de que reconociéndome fuese á encolerizarse, mis dos amigos Tizótzin y Chimálpan con quienes me acompañé, se apresuraron á decirle:

"Hé aquí á Nezahualpílli suplicante: ¿le perdonarás "si sabes que como un esforzado campeon él mismo ha "atravesado por entre los enemigos, para venir á apla- "car tu enojo y para encerrarse á morir con los tuyos? —Conmovido Tezozomótzin, y como si yo fuera á ofrecerle algun presente de muchos mantos y plumas ricas, abrió sus brazos para estrecharme; pero yo:

—"Soy indigno de tu clemencia;—le contestaba pos- "trándome en tierra de rodillas y codos—aquí hé veni- "do para que en mí vengues las desgracias de los nues- "tros."

"Él alargó su mano para levantarme, y replicaba:

—"Nezahualpiltzintli, (1) todo está olvidado; pense- "mos ahora solo en salvar á Tenochtitlan. No temas por "Ayauhcíhuatl tu madre, ni por tu hermana Jocótzin; "ellas permanecen salvas en Texcoco, y se alegran cre

(1) (tzintli) terminacion de cariño.